

DESCARTES: LA FÁBULA DEL MUNDO Y LA CERTEZA MORAL

Daniel Gamper Sachse
(Universitat Autònoma de Barcelona)

A lo largo de lo que sigue se quiere hacer una lectura radical de algunos fragmentos de la obra de Descartes, precisamente de aquellos que más cuestionan el cartesianismo de Descartes. Los engranajes de esta "lectura radicalizada" son la "fábula del mundo" y el concepto de certeza moral.

El método cartesiano en *Los Principios de la Filosofía* y *El Mundo* deja de lado el ámbito de la especulación metafísica propio de *El Discurso del Método* y se adentra en el ámbito de lo hipotético. A partir de ahora el método matemático-deductivo es aplicado para explicar los fenómenos de la luz o del magnetismo, se tratará en adelante de fingir o imaginar hipótesis que respeten las leyes del entendimiento, es decir, que presenten una realidad estructurada racionalmente.

Así, pues, Descartes introduce una hipótesis, un fingimiento,¹ que no puede ser interpretado únicamente como movimiento defensivo frente a la intolerancia eclesiástica (léase Galileo) sino que es consecuente con la concepción del hombre como ser finito, capaz tan sólo de afirmaciones finitas, indefinidas. Así, por ejemplo, en *El Mundo*,

mi proyecto no es el de explicar las cosas que existen efectivamente en el verdadero mundo, sino sólo fingir uno a mi gusto, en el que nada haya que los espíritus más comunes no puedan concebir y que pueda, no obstante, ser creado tal como lo habré fingido²

Sin embargo, el carácter hipotético-deductivo de la propuesta cartesiana, en contraposición con la ciencia inductiva y cualitativa del Renacimiento, no puede ser atribuido únicamente a la condición finita del saber humano, sino que los principios así fingidos son los fundamentos del pensamiento humano, es aquello inamovible y universal³ en el entendimiento. De ahí, que sea irrelevante para Descartes si fingimos o no un mundo, ya que sea éste como sea, la ciencia, el entendimiento, sólo lo podrá leer en términos matemáticos. (Hasta aquí una reconstrucción respetuosa con la autocomprensión de Descartes).

En un primer momento, Descartes postula unos principios claros y evidentes para el entendimiento, y a continuación se fingen unas hipótesis que aunque falsas (es decir, opuestas a lo afirmado por las Sagradas Escrituras) son útiles para "salvar los fenómenos". Sin embargo, los resultados que se deducen de estas hipótesis siguiendo los principios de la matemática poseen un carácter ambiguo, que se expresa mediante la distinción al final de *Los Principios* entre, de una parte, la "certeza moral" y, de la otra, una certeza superior a ésta, afianzada en Dios como "soberrano bien y fuente de toda verdad". La certeza moral es ejemplificada como sigue:

Si alguien interesado en conocer el contenido de un escrito cifrado, redactado con letras ordinarias, lee una B cuantas veces aparezca una A, y asimismo, lee una C cuantas veces aparece una B, y sustituye para efectuar su desciframiento a cada letra por la letra que la sigue en el alfabeto; si leyendo de esta forma haya

¹ DESCARTES, *Los Principios de la filosofía*, (Madrid, trad. Guillermo Quintás) Parte Tercera. art. 1 y 2.

² DESCARTES, *El mundo. Tratado de la luz*, Barcelona 1989, cap. VI, p. 107 (trad. Salvi Turró). Ver también *Los Principios*, Parte Tercera, arts. 44 y 45.

³ "...todo lo que haya dicho os parecerá tan bien probado que juzgaréis que un hombre de buen ingenio, incluso aunque hubiera sido criado en un desierto y no hubiera tenido nunca otra luz que la de la naturaleza, no podría tener otras razones más que las nuestras", "Investigación de la verdad" en *Meditaciones Metafísicas* y otros textos, Madrid 1987, p. 98 (trad. E. López y M. Graña).

palabras que tengan sentido, no dudará que sea el verdadero sentido de este escrito el que ha encontrado, aun cuando el que lo hubiese escrito, hay atribuido otro totalmente distinto al dar otra significación a cada letra (...). Así pues, si se considera cuan diversas propiedades del imán, del fuego y de todas las otras cosas que hay en el mundo, han sido muy evidentemente deducidas de un pequeño número de causas que he propuesto al principio de este tratado, aun cuando se haya imaginado que las he supuesto por azar y sin que la razón me haya persuadido de ellas, no se dejara por ello de tener, al menos, tanta razón para juzgar que son las verdaderas causas de lo que he deducido, como la hay para creer que se ha hallado el verdadero sentido de un escrito cifrado cuando se ve que se sigue de la significación que, por conjetura, se ha dado a una letra.⁴

El concepto de certeza moral nos remite al estatuto de verdad de los principios, de los cimientos sobre los que Descartes edifica su física. Descartes, como varias ponencias han mostrado a lo largo del Congreso,⁵ otorga un estatuto ambiguo a estas verdades. De una parte afirma el carácter eterno y universal de estas verdades y, de la otra, constata el enraizamiento de éstas en la razón humana, es decir, constata la contingencia, no divinidad, de las afirmaciones fundamentales de la física. Quizá a riesgo de deformar la pretensión trascendental del proyecto cartesiano, quisiera decantarme por la segunda concepción de la verdad de los principios, a saber, el entendimiento finito humano como origen único de la física cartesiana.

Esta concepción, ciertamente psicologista y relativista de las "verdades eternas" cartesianas, toma como modelo a Dios garante *únicamente* de su propia existencia, causa sui, ésta sí "verdad eterna no contingente"; pero es un Dios que no garantiza el carácter absoluto de los cimientos de la ciencia. Por ejemplo, la negación de la teoría atomista que implicaría la indivisibilidad de la materia, este principio fundamental del entendimiento humano no es una verdad eterna, desde el momento en que Dios hubiera podido hacer posible lo que para nosotros es imposible.⁶ De tal manera que la verdad de los principios no procede de la garantía externa, es decir de Dios, sino de la percepción clara y distinta de la verdad de estos principios.

Aquí es donde cobra sentido la "certeza moral", la cual aunque es contrapuesta a una certeza superior a ella, ejemplifica el modelo de ciencia utilitarista y consciente de las limitaciones del esquema conceptual o de la ontología sobre la que se fundamenta. La comparación en la cita de la Parte Cuarta de *Los Principios* que he leído anteriormente entre la decodificación de un texto y el funcionamiento de una teoría, muestra claramente la deflación de la realidad de las cosas (del texto) en pro de los principios que hemos decidido tomar como verdaderos (el código que utilizamos para descifrar el texto). Esta comparación es introducida por Descartes con el fin de ilustrar la esencia utilitarista de la ciencia, la cual no persigue tanto una interpretación correcta de la realidad, como una *explicación* de ésta en términos que nos permitan interactuar con las cosas, que nos permitan progresar en la tarea de dominación de la naturaleza. La certeza *moral*, principio rector de la ciencia, puede ser identificada, en esta lectura provisional, de manera que así como en el concepto de una *moral* provisional Descartes introduce una idea ni clara ni distinta, a saber, las convenciones sociales, como aquello que no debe ser puesto en duda y que debe ser conservado para la mejor convivencia hasta que se pueda fundamentar una moral sobre bases más sólidas; igualmente la certeza *moral* de las ciencias posee un rasgo de *provisionalidad*, es decir de aquello que debemos presuponer aunque no estemos seguros de su valor absoluto y que, dentro de una concepción procesual de la ciencia, puede ser verificado, mejorado o condenado cuando se alcance un mayor grado de saber, en camino al "último grado de la sabiduría".

⁴ DESCARTES, *Los Principios de la filosofía*, Tercera Parte, art. 205.

⁵ Véase la conferencia de Enrique Romerales *Verdades eternas contingentes?*

⁶ Como muestra la "Lettre a Mesland" del 2 de Mayo de 1644 (?) en A. T. IV, pp. 118-119. (le agradezco la localización de la cita a Jesús Hernández).